

Solución final o solución política

JAIRO
ESTRADA ÁLVAREZ

Profesor del
Departamento de
Ciencias Políticas
Universidad Nacional
de Colombia

La retórica gubernamental acerca de la paz, incluida la metáfora de la llave (“está en mi bolsillo”, “no me da miedo sacarla”, etcétera), así como los reiterados rumores sobre contactos secretos entre voceros del Gobierno nacional y de la guerrilla de las FARC-EP, parecieran mostrar la existencia de una voluntad política gubernamental para considerar la posibilidad de una salida política al conflicto social y armado. Tal posibilidad se encuentra atrapada, en realidad, por los cálculos de una solución militar. Y a juzgar, por los anuncios y los planes militares gubernamentales, se encuentra en curso la *solución final*, entendida como la reducción definitiva y el exterminio masivo del enemigo armado interno, con todo y sus retaguardias rurales y urbanas. Esa presunta *solución final* tiene un nombre: el *Plan Espada de honor*. En ese sentido, todo indica que la retórica de la paz es la materialidad de la guerra, y que se aspira a producir una *pax romana*, la paz de los vencidos.



El 23 de enero de 1903, en el Barrio Egipto al sur de Bogotá, nace Jorge Eliécer Gaitán, quien es considerado como el líder más emblemático del pueblo colombiano.

Imagen: Javier J. Bravo García. Colombia a través de la fotografía: 1842-2010. Madrid: Fundación Mapfre: Taurus, 2010.

Debe sí reconocerse que, a diferencia de otros anuncios en otros momentos de nuestra historia de los últimos cincuenta años, en esta ocasión no hay plazos definidos. En efecto, en reciente entrevista concedida al diario *El Tiempo* (12.03.2012), el comandante de las Fuerzas Militares, general Alejandro Navas, afirmaba:

Hemos llegado a la última etapa del conflicto. Lo que pasa es que no sabemos cuánto va a durar. Pero generalmente esta es la etapa más corta y la más empinada, la que más tiene dificultades.

No obstante, si el cálculo militar se acompasara con el cálculo político, bien podría afirmarse que la actual estrategia de guerra es, al mismo tiempo, la estrategia de la reelección presidencial. Según se ha dicho, el *Plan Espada de honor* es un plan concebido a dos años. Ello significa que a más tardar en los primeros meses de 2014 se estarían dando los anuncios sobre el fin de la guerra. Momento por demás propicio, pues se estará en plena campaña presidencial, también de reelección. Imagino una retórica presidencial demandando la prolongación del tiempo para la *prosperidad democrática* que no alcanzó a llegar, por los esfuerzos que habría sido necesario destinar para la empresa de la *solución final*. Y ello, me traería a la

Si el cálculo militar se acompasara con el cálculo político, bien podría afirmarse que la actual estrategia de guerra es, al mismo tiempo, la estrategia de la reelección presidencial. Según se ha dicho, el Plan Espada de honor es un plan concebido a dos años. Ello significa que a más tardar en los primeros meses de 2014 se estarían dando los anuncios sobre el fin de la guerra. Momento por demás propicio, pues se estará en plena campaña presidencial, también de reelección.


memoria la campaña reeleccionista de 2006. Sólo que ya habrían pasado ocho años más, con todo lo que representa una intensificación de la guerra en términos humanos, políticos, sociales, culturales y socioambientales.

En medio de todo esto –que pareciera ser un cálculo gubernamental–, se desatiende lo fundamental para pensar cualquier consideración acerca de la superación de la guerra y del accionar insurgente en Colombia: las raíces históricas y la naturaleza política y social del conflicto colombiano. Ahí está el por qué de su persistencia y, sobre todo, de su capacidad de producirse y reproducirse, desplegando una continua capacidad adaptativa que atiende la tendencia y la dinámica de la conflictividad social y de clase, con lógicas intensivas y de expansión, desiguales y diferenciadas, según el momento histórico. Estamos en presencia de un conflicto social y armado que no puede ser reducido a una mera contienda militar. Su solución, por tanto, no se encuentra en ese exclusivo ámbito. Mucha razón le asiste a las voces que desde diferentes campos de la vida social y política han planteado la necesidad de retomar la agenda de la solución política.

Por lo pronto, empero, se viene imponiendo la idea de la *solución final* que, además de sustentarse en primerísima instancia en el escalonamiento del accionar militar del Estado, el mencionado *Plan Espada de honor*, se fundamenta en una creciente y preocupante profundización de la estrategia de militarización de la política y, en general, de la vida social.

El Plan Espada de honor

El *Plan Espada de honor* está concebido como la respuesta al cambio de táctica de la guerrilla y, sobre todo, para producir la derrota militar que conlleve la rendición y la desmovilización. Se sustenta, en *primer lugar*, en una redefinición geográfica de los teatros de operación militar a partir de la ubicación de las diez principales áreas de



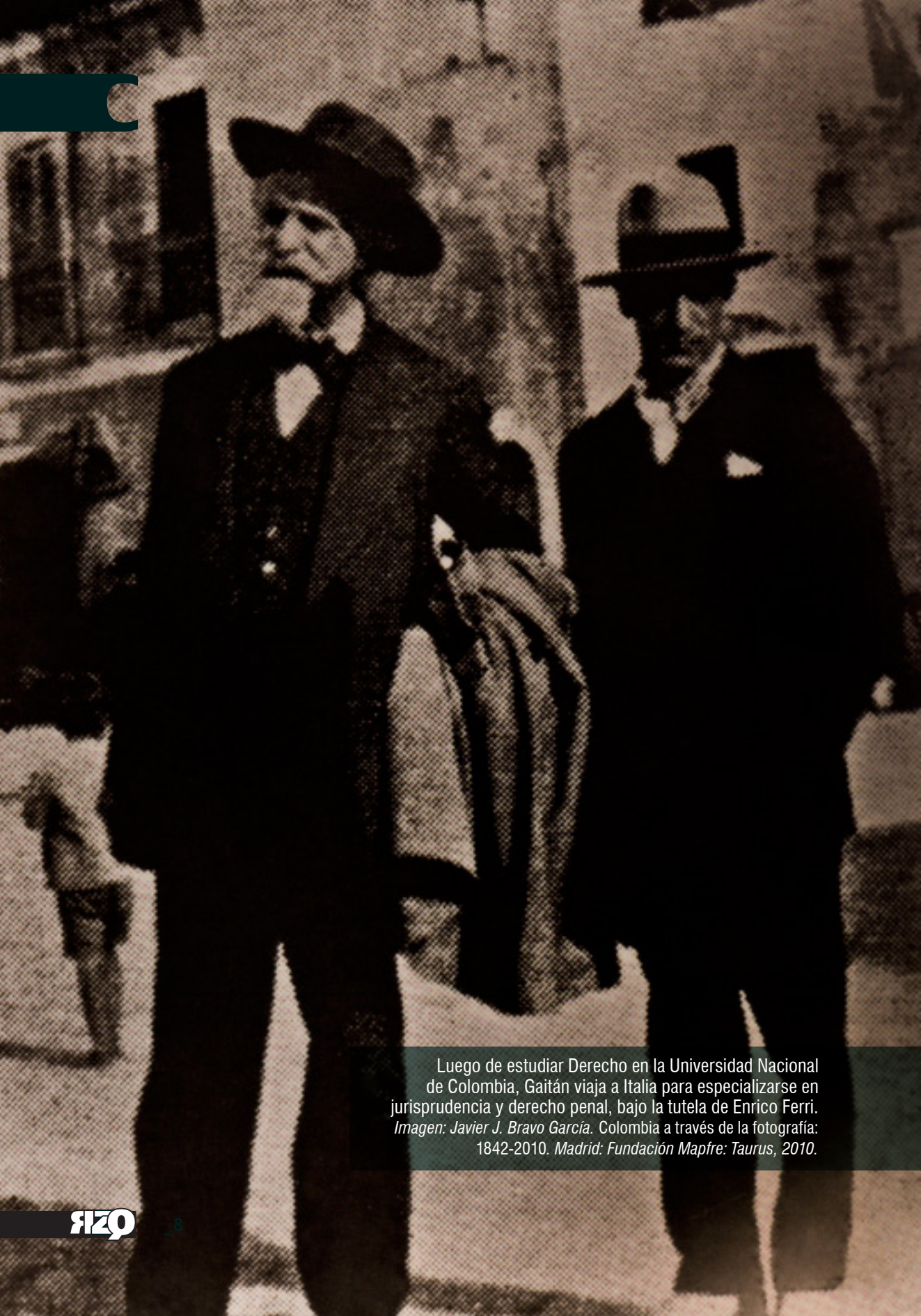
concentración de la actividad insurgente (se trataría del ochenta por ciento de su accionar), lo cual implica, en palabras del general Navas, “reacondicionar las fuerzas estatales para ejercer presión adecuada a esos sitios, como el Cauca, el sur del Valle, el Catatumbo y el Arauca”. En *segundo lugar*, en el debilitamiento del mando político-militar de la insurgencia con base en el resquebrajamiento de su estructura organizativa, en tanto la política de eliminación de objetivos de alto valor se acompaña de la eliminación de mandos intermedios y de operaciones de ataque masivo a bases guerrilleras. Lo anterior, en *tercer lugar*, con fundamento en una combinación del uso intensivo de tecnología con operaciones de consolidación territorial mediante el uso extensivo del pie de fuerza.

Particularmente en el uso de alta tecnología se aprecia la posibilidad de la *solución final*, que militarmente se apoya en un concepto de guerra vertical que, por su parte, se basa en la superioridad aérea. En efecto, la identificación de objetivos con recursos de inteligencia tecnológica y humana se constituye en la antesala de bombardeos de exterminio, cuyo rasgo principal es el uso desproporcionado e indiscriminado de la fuerza¹. A estos les sigue, luego, la operación de desembarco de tropas para la constatación de resultados y las inspecciones judiciales del caso.

A juzgar por noticias recientes, todo indica que el gobierno tiene la decisión política de transitar el costoso camino de la sofisticación del dispositivo tecnológico de la guerra. Se ha pedido el apoyo de Estados Unidos para la utilización de vehículos aéreos no tripulados, conocidos como *drones*, utilizados en las intervenciones imperialistas en Irak, Afganistán y, más recientemente, en Libia. Se ha anunciado igualmente la adquisición de diez helicópteros *black hawk*, que se sumaría a la flotilla aérea de helicópteros y aviones Tucano ya existente.

Todo esto se explica por el papel estructurante que juega el intervencionismo del imperialismo estadounidense en la política del régimen de la *prosperidad democrática*. El viaje del Ministro de Defensa colombiano al Pentágono, la reciente visita del Comandante de las Fuerzas Militares de Estados Unidos, Martin Dempsey, a Colombia, y el anuncio de la asistencia de altos mandos estadounidenses de la ocupación

1 El relato sobre la reciente operación en la vereda El Silencio, en el Meta, es suficientemente ilustrativo al respecto: “En el suelo, que olía a pólvora y metralla después de la explosión de diez toneladas de bombas arrojadas por una decena de aviones de la Fuerza Aérea, yacían 34 cadáveres de guerrilleros” (Revista Semana, 31 de marzo de 2012). Para cada guerrillero, en promedio algo más de 294 kilos de bombas.



Luego de estudiar Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, Gaitán viaja a Italia para especializarse en jurisprudencia y derecho penal, bajo la tutela de Enrico Ferri.
Imagen: Javier J. Bravo García. Colombia a través de la fotografía: 1842-2010. Madrid: Fundación Mapfre: Taurus, 2010.

en Irak y Afganistán no es solamente un asunto de trámite. La política contrainsurgente debe ser examinada en un sentido geopolítico y geoeconómico. Desde la perspectiva imperialista se trata de garantizar, el acceso a recursos naturales estratégicos (hidrocarburos, minerales, agua, biodiversidad), de proteger las inversiones de empresas transnacionales y de la contención de cualquier amenaza frente a esos propósitos, provenga ésta de movimientos sociales o insurgentes, o de Estados soberanos. La reactivación de la IV Flota que navega hoy en las aguas del Mar Caribe no es una mera casualidad. En todo ello, el Estado colombiano es un aliado estratégico y coincide con los propósitos propios de mantenimiento de un régimen de privilegios.

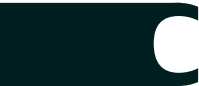
Aún está por verse, en el plano estrictamente militar, si el *Plan Espada de honor* puede cumplir su cometido. Al fin y al cabo se trata de dos fuerzas en contienda que en guerras irregulares, asimétricas y de largo aliento, modifican de manera permanente su táctica y estrategia. Hasta ahora, la historia colombiana ha estado plagada de soluciones militares desde la entrada de la segunda mitad del siglo XX, sin que ninguna de ellas haya logrado producir el desenlace inicialmente anunciado.

La guerra integral

Por otra parte, la tendencia reciente de la acumulación capitalista, basada en el modelo de reprimarización financierizada de la economía, así como la configuración autoritaria, criminal y mafiosa del régimen político, han extendido la lógica de la guerra al conjunto de la vida política y social. Y desde el entendimiento de la *solución final*.

En efecto, el país vive una marcada tendencia a la militarización consistente en la tendencia a la imposición de un tratamiento militar de tierra arrasada a la regulación y la solución de los conflictos, matizada por la retórica presidencial

Son múltiples las expresiones que aún bajo el predominio de la idea de la *solución final* claman por la solución política. Hacer de esas expresiones un *movimiento* representa la tarea política del momento. No es una tarea fácil considerando ante todo el poder y la fuerza de quienes se empeñan en la solución militar. Cambiar el balance actual es un imperativo ético y político para la construcción de la paz democrática con justicia social.



de restablecimiento del orden del derecho. La política económica y social ha devenido en guerra económica y social contra las clases subalternas; el modelo económico basado en economías extractivas ha asumido los rasgos de una guerra socioambiental; el descontento y la protesta social son tratados como prácticas terroristas; el exterminio y la liquidación del contradictor como forma de superación de las diferencias se encuentran entronizados socioculturalmente; los medios de comunicación alientan la retórica marcial; plumas enardecidas –de seudointelectuales y analistas de escritorio– tañen los tambores de la guerra; desarrollos normativos, constitucionales o legales, se conciben para darle trámites más tranquilos a la *solución final*.

En suma, una especie de cultura fascista quisiera invadir y copar todos los poros de la vida política y social para imponer un disciplinamiento social que permita preservar y reproducir a mayor escala el régimen de privilegios de las clases dominantes. Todo ello se ve adicionalmente alimentado por una macroeconomía de la prosperidad ficticia que está produciendo la explotación intensiva de los recursos naturales, en una de las operaciones de despojo de riqueza social más grandes de la historia nacional a favor de empresas trasnacionales y de poderosos grupos económicos.

Crece la audiencia por la solución política

Al tiempo que se encuentra en curso la idea de una *solución final*, se advierte un creciente clamor por la solución política. Los anuncios de la insurgencia en ese sentido, si bien son importantes, resultan insuficientes, pues la posibilidad real de una solución política, además de contar con manifestaciones de voluntad de las partes comprometidas directamente en la contienda, requiere ser apropiada socialmente. La exigencia política del momento consiste precisamente en desatar las posibilidades de una solución política que posibilite trámites distintos a los de la contienda militar, a las múltiples conflictividades que atraviesan la sociedad. Ex presidentes de la República, como Ernesto Samper y Andrés Pastrana, se han expresado favorablemente en ese sentido; sectores del empresariado en consultas de opinión han señalado la conveniencia de una solución política; intelectuales demócratas han insistido en transitar los caminos del diálogo; sectores de la Iglesia se han pronunciado en ese sentido; partidos políticos, como el PDA, han advertido que la paz está en su orden de prioridades; diversas organizaciones sindicales y populares han señalado que la superación de las causas de la guerra y la guerra misma están dentro de sus principales preocupaciones; organizaciones no gubernamentales se han manifestado a

favor del diálogo y la negociación política; *Colombianos y colombianas por la paz* han adelantado una valiosísima labor humanitaria; el *Congreso de los Pueblos* tiene en su agenda la realización de un Congreso de Paz, la *Marcha Patriótica* ha hecho suya la propuesta del Encuentro de Barrancabermeja de comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes de realización de constituyentes regionales que confluyan en una Asamblea nacional de constituyentes regionales por la *solución política* y la paz.

En suma, son múltiples las expresiones que, aún bajo el predominio de la idea de la *solución final*, claman por la *solución política* y se unen a las diversas iniciativas en el mismo sentido en América Latina y el Caribe y en la comunidad internacional en general. Hacer de esas expresiones un *movimiento* representa la tarea política del momento. No es un propósito fácil considerando no sólo los entendimientos acerca del conflicto social y armado colombiano, sino, ante todo, el poder y la fuerza de quienes se empeñan en la solución militar. Cambiar el balance actual constituye un imperativo ético y político para la construcción de la paz democrática con justicia social. **EQ**



En Italia, el gobierno del dictador Mussolini impactó fuertemente a Gaitán. Las masivas movilizaciones organizadas por el caudillo colombiano, su transformación y su estilo oratorio son ejemplo evidente de esa experiencia.

Imagen: El saqueo de una ilusión: el 9 de abril, 50 años después. Bogotá: Número Ediciones, Corporación Revista Número, 1997.